

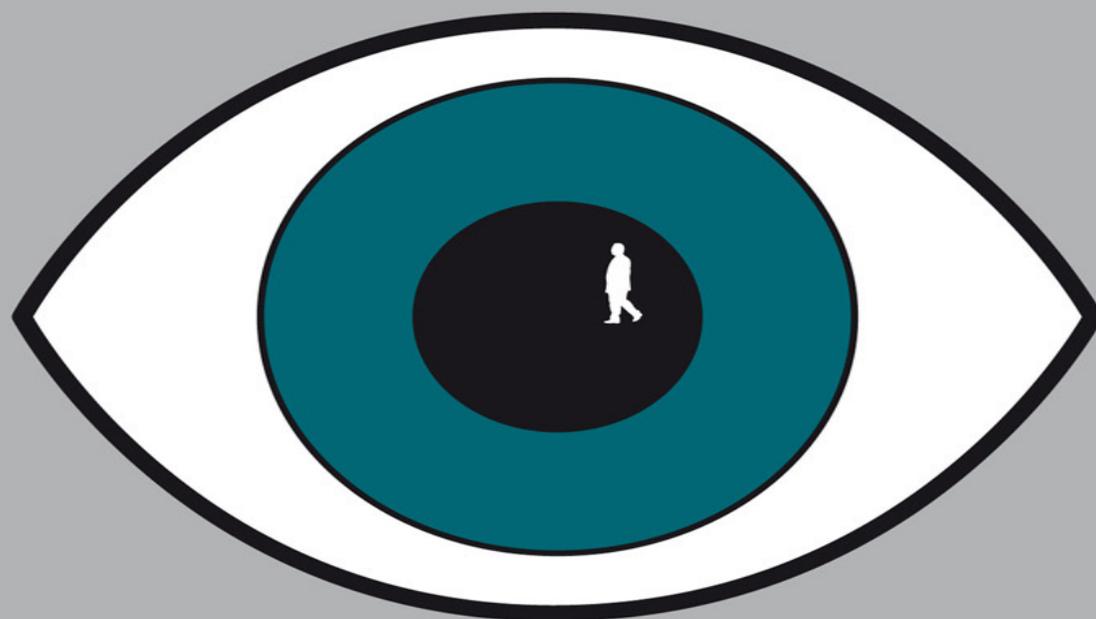
Inteligencia militar

*Conocer al enemigo,
de Napoleón a Al Qaeda*

JOHN KEEGAN

T

TURNER NOEMA



Inteligencia militar

*Conocer al enemigo,
de Napoleón a Al Qaeda*

JOHN KEEGAN

TRADUCCIÓN DE JOSÉ ADRIAN VITIER

COLECCIÓN NOEMA



Título:

Inteligencia militar

Conocer al enemigo, de Napoleón a Al Qaeda

© John Keegan, 2003

Edición original en inglés: *Intelligence in War. Knowledge of the Enemy from Napoleon to Al-Qaeda*, 2003, Hutchinson

De esta edición:

© Turner Publicaciones S.L.

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

www.turnerlibros.com

Primera edición: junio de 2012

ISBN: 978-8415427-60-5

© De la traducción: José Adrián Vitier, 2012

Diseño de la colección:

Enric Satué

Ilustración de cubierta:

The Studio of Fernando Gutiérrez

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

turner@turnerlibros.com

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

Para Rose.

ÍNDICE

Prólogo

I Conocer al enemigo

II Persiguiendo a Napoleón

III Conocer el terreno: Stonewall Jackson en el valle de Shenandoah

IV Inteligencia inalámbrica

V Creta: la información previa no ayudó

VI Midway: ¿un triunfo solo de la inteligencia?

VII La batalla del Atlántico: la inteligencia, un factor entre muchos

VIII La inteligencia humana y las armas secretas

Epílogo: la inteligencia militar desde 1945

Conclusión: el valor de la inteligencia militar

Listado de mapas

Notas

Bibliografía

Índice analítico

Agradecimientos

PRÓLOGO

El propósito de este libro es responder a una sencilla pregunta: ¿hasta qué punto es útil la inteligencia militar? El número de publicaciones sobre este tema indica que es una cuestión sumamente importante. Las estanterías crujen bajo el peso de los libros sobre la máquina alemana Enigma; sobre la escuela británica de códigos y escritura cifrada de Bletchley Park, que atacó a Enigma; sobre la decodificación estadounidense de los mensajes cifrados japoneses; sobre las operaciones engañosas, y simultáneas, para confundir al enemigo; sobre los agentes que arriesgaron sus vidas para que estas operaciones tuvieran éxito o para descubrir los secretos del enemigo infiltrándose en sus filas. La literatura de ficción sobrepasa en volumen a la que documenta los hechos. Los relatos de espionaje se convirtieron en el siglo xx en una de las formas literarias más populares, y sus autores, desde John Buchan hasta John Le Carré, ganaron fama y fortuna con ellos.

El clima creado por los maestros de la ficción de espionaje influyó profundamente en la actitud de la gente hacia el trabajo de los servicios de inteligencia. La fascinación por las técnicas reveladas, el uso de la escritura cifrada, los buzones muertos, los agentes, la “conversión” de agentes en “agentes dobles”, la vigilancia, la interceptación y una docena de prácticas más de ese mundo encubierto, tuvo el efecto de presentar la técnica como un fin en sí mismo. El “espía” alcanzaba estatus de héroe, o a veces de antihéroe; una figura misteriosa y glamurosa cuya importancia estribaba en lo que era y no en lo que hacía.

Resulta notable que muy pocos de los relatos más célebres de espionaje establezcan una conexión entre las actividades del espía y el propósito por el cual este, supuestamente, arriesga su vida. En *Greenmantle*, por ejemplo, la maravillosa novela de John Buchan sobre el espionaje en Turquía durante la Primera Guerra Mundial, se hace imposible para el lector discernir al final exactamente qué ha hecho Sandy, como Greenmantle: ¿ha frustrado una *yihad* musulmana contra Gran Bretaña y sus aliados o, por el contrario, se ha convertido en un profeta musulmán? En *El enigma de las arenas*, la primera novela seria de espionaje que apareció, y una de las mejores hasta hoy, Erskine Childers sugiere sutilmente cómo los alemanes habrían podido montar una invasión de la costa este de Gran Bretaña mediante canales secretos en torno a las islas Frisias; pero el desenlace de su historia no muestra que sus dos patrióticos regatistas realmente hicieran tomar al Almirantazgo las debidas precauciones. En la maravillosa novela de Kipling *Kim*, un inolvidable panorama de la vida errabunda en la India, pero en esencia una historia de espionaje, el protagonista ayuda inadvertidamente a frustrar una rebelión en uno de los principados; pero el clímax de la novela no tiene otro efecto que dejar como tontos a unos espías rusos en la frontera con el Himalaya. En las reconstrucciones brillantemente realistas que hace John Le Carré de la vida de los espías y los contraespías, casi nunca se presenta un desenlace objetivo para las acciones de sus personajes. Están luchando en la Guerra Fría; pero, al término de sus intrincados engaños y manipulaciones, la Guerra Fría continúa.

El autor podría con toda razón aducir que estaba plasmando la realidad; la Guerra Fría, por fortuna, no tuvo un desenlace, ciertamente no lo tuvo en términos militares, y los servicios de inteligencia de ambos bandos se ocuparon de que así fuese. Estaban jugando, y el sentido de aquel

juego era prolongar la partida, no ganarla. Nadie podría negar esto; ni pretender que, en ausencia de un resultado tangible, la inteligencia militar sea una actividad vacua.

No obstante, los servicios de inteligencia de todos los estados surgieron para impedir que el enemigo obtuviese una ventaja militar, y a la vez para alcanzar una ventaja propia. En tiempo de paz los servicios de inteligencia no hacen otra cosa que mantenerse. En caso de guerra se supone que garantizan la victoria. ¿Cuán efectivos son? ¿Cómo logran su objetivo, o cómo no lo logran?

Las novelas de espionaje han diseminado una enorme cantidad de información sobre las técnicas de los servicios secretos. Algunas cosas son ciertas, otras son tendenciosas. Sin embargo, los novelistas, incluso los que tienen experiencia personal en trabajos de inteligencia como John Le Carré, rara vez exponen en detalle los componentes esenciales y la secuencia de una operación de inteligencia efectiva. Lo cual es comprensible. Buena parte de los trabajos de inteligencia es prosaica y burocrática, poco práctica para el posible lector. Sin embargo, hasta los elementos más prosaicos son esenciales para que las labores de inteligencia resulten útiles. Hay cinco etapas fundamentales:

1. *Adquisición.* Primero hay que obtener la información. Esta puede estar fácilmente disponible en cualquier publicación pasada por alto. Un antiguo director de la CIA prevenía a sus analistas contra lo que él llamaba el síndrome *Enciclopedia Británica*: no malgastéis esfuerzos en buscar información que esté disponible en los diarios, revistas especializadas o monografías académicas. En la Rusia de Stalin se tomaban medidas para que fuese muy difícil adquirir información: restringiendo la distribución de materiales de uso cotidiano como los listines telefónicos y los mapas de las calles. Sin embargo, como regla general podemos establecer que la información útil para un

adversario suele ser lo que se dice “secreta”, y ha de ser obtenida por medios clandestinos. Los métodos más usuales son el espionaje, en todas sus formas, ahora llamado técnicamente “inteligencia humana” o *humint* [de *human intelligence*]; interceptando las comunicaciones del adversario, lo que probablemente requerirá decodificación, “inteligencia de señales” o *sigint* [de *signal intelligence*]; y mediante la vigilancia visual o con dispositivos de imágenes, cámaras o sensores, utilizando aviones o satélites.

2. *Entrega*. Una vez obtenida, la información debe ser entregada a su usuario potencial. La entrega suele ser la etapa más difícil, especialmente para el transmisor de *humint*. El agente proveedor de *humint* puede ser vigilado, espiado o interceptado, y es susceptible de ser detenido en los puntos de encuentro. Además, el emisor está siempre apremiado por la urgencia. Los informes de inteligencia envejecen pronto, o los acontecimientos les toman la delantera. Pierden su valor a menos que sean entregados oportunamente, y mejor en “tiempo real”, lo cual permite actuar en consecuencia.

3. *Aceptación*. La información tiene que ser creída. Los agentes que ofrecen sus servicios han de establecer sus credenciales: podría tratarse de agentes enemigos. Nuestros propios agentes podrían pasarse al otro bando o caer bajo el control del servicio de contraespionaje del enemigo. Incluso la información ofrecida de buena fe puede ser errónea, o no del todo fidedigna. La información que es interceptada parece más fiable, pero puede ser falsa. Incluso si no lo es, solo puede contener una parte de la verdad. Henry Stimson, secretario de Estado estadounidense, previno con razón acerca de la diferencia entre leer la correspondencia de un hombre y leer su mente.

4. *Interpretación*. La mayoría de la información obtenida viene en retazos. Para armar un relato coherente, hay que

unirlos entre sí. Esto suele requerir del trabajo de muchos expertos, que tratarán afanosamente de exponerse unos a otros lo que han averiguado mediante pistas individuales y disenterán acerca de la importancia relativa de sus hallazgos. En última instancia, la composición de un relato completo puede requerir que un superior haga una inspirada conjetura, acertada o no.

5. *Implementación.* Los oficiales de inteligencia trabajan subordinados a un nivel superior: así como ellos necesitan ser convencidos de la fiabilidad de las informaciones, deberán a su vez convencer a los jefes políticos y los mandos militares, es decir, a quienes toman las decisiones, de la fiabilidad de sus envíos. No existe nada parecido a la “clave decisiva”, a la “información de inteligencia pura” que despeje todas las dudas y guíe a un general o almirante hacia una solución infalible de su problema operativo. No solo ningún informe de inteligencia es del todo exacto, sino que el desarrollo de los acontecimientos altera su valor. Como memorablemente observó Helmuth von Moltke, artífice de las brillantes victorias de Prusia sobre Austria y Francia en el siglo xix, y acaso el más grande intelectual militar de todos los tiempos: “Ningún plan sobrevive a los primeros cinco minutos de encuentro con el enemigo”. Con igual veracidad pudiera haber dicho que ningún cálculo basado en informes de inteligencia sobrevive totalmente a la prueba de la acción.

En este libro estudiaremos una selección de casos que comienza en la época de los barcos de vela, cuando la dificultad suprema de la inteligencia militar era adquirir información valiosa en un lapso de tiempo que permitiera utilizarla, y termina en la era moderna, cuando abunda la información estratégica de todo tipo, pero su volumen amenaza con superar la capacidad de la mente humana para evaluarla. Su tema es que la inteligencia militar, por buena que sea, no señala indefectiblemente el camino de la

victoria. La victoria es un premio huidizo, que se obtiene más con sangre que con argucias. La inteligencia es la sirvienta y no la amante del guerrero.

I CONOCER AL ENEMIGO

INTELIGENCIA ESTRATÉGICA

“**N**o se gana una guerra sin información fiable y oportuna”, escribió el gran duque de Marlborough. George Washington opinaba lo mismo: “La necesidad de conseguir información fiable es obvia y no necesita demostración”. De hecho, ningún soldado, marinero o aviador sensato la cuestiona. Desde tiempos remotos, los jefes militares siempre han tratado de obtener información sobre el enemigo, sus puntos fuertes, sus debilidades, sus intenciones, sus preparativos. Alejandro Magno, quien de niño ya presidía la corte de Macedonia mientras su padre Filipo estaba en campaña, sería recordado por los visitantes de las tierras que conquistaría en el futuro por sus constantes preguntas sobre la población de sus territorios; la productividad del suelo; el curso de los ríos y los caminos; la ubicación de sus pueblos, bahías y plazas fuertes; así como sobre quiénes eran sus principales figuras. El joven Alejandro estaba recopilando lo que hoy se conoce como inteligencia económica, regional o estratégica, y el conocimiento adquirido le fue muy útil al emprender la invasión del Imperio persa, de enorme extensión y de características muy dispares. Alejandro triunfó no solo por llevar al campo de batalla el ímpetu salvaje y despiadado de guerreros tribales dedicados en cuerpo y alma a la monarquía macedonia, sino por haber estudiado a fondo el Imperio persa, atacando sus puntos débiles y aprovechando sus divisiones internas.

La estrategia de divide y vencerás, generalmente basada en informaciones acerca del territorio, ha sido fundamental para la construcción de muchos imperios. Aunque no siempre ha sido así: los mongoles, por ejemplo, preferían como arma el terror, y contaban con que la mera noticia de su inminente llegada fulminaría toda resistencia. Si el engaño incrementaba su temible reputación, tanto mejor. En 1258, Hulagu salió del desierto para prometer al califa, líder espiritual del Islam y soberano del imperio musulmán, que le perdonaría la vida si le entregaba Bagdad. En cuanto se la entregó, fue estrangulado y la horda siguió adelante. Sin embargo, los mongoles, como todos los nómadas, estaban dispuestos a comerciar cuando no estaban en campaña. Los mercados siempre han sido importantes centros de intercambio, no solo de mercancías, sino también de información; y los merodeadores (los hunos en el caso de los romanos, y con frecuencia los vikingos) solían pedir permiso para establecer sus mercados en zonas fronterizas con asentamientos permanentes. El comercio era a menudo el preludio de la agresión. Ciertamente es que el comercio sigue a la bandera, como solía decirse en la época victoriana; pero también sucede exactamente al revés.

Los imperios en ascenso, para quienes los nómadas eran más una molestia que una amenaza, adoptaban una actitud diferente. Autorizaban o vetaban el comercio y los mercados en sus fronteras como un medio para lograr el control de la región.¹ También llevaban a cabo políticas previsoras. Los faraones de la duodécima dinastía no solo construyeron una ancha franja de fuertes en las zonas pobladas de la frontera de Egipto con Nubia, sino que además crearon una fuerza fronteriza con la misión permanente de evitar las incursiones de los nubios en el valle del Nilo, de patrullar el desierto y de entregar informes. Un informe, preservado en papiro en Tebas, dice: “Hemos hallado el rastro de treinta y

dos hombres y tres burros". Tiene casi cuatro mil años, pero podría haberse escrito ayer.

Los problemas fronterizos del antiguo Egipto eran fáciles de manejar. Gracias a la estrechez del valle del Nilo y al desierto circundante, su protección exigía un mínimo de medidas. El Imperio romano, en cambio, estaba completamente rodeado de enemigos que podían atacar por mar y por tierra, y necesitaba ser defendido con sofisticadas fortificaciones en combinación con fuerzas móviles. Durante el apogeo de su poder, los gobernantes romanos prefirieron la defensa activa a la pasiva, manteniendo sólidas fuerzas de choque en puntos estratégicos situados generalmente detrás de las fronteras, no en ellas. Solo al disminuir el poder romano y aumentar el de los pueblos bárbaros, las defensas fronterizas fueron reforzadas.

Tanto en su periodo de auge como en su decadencia, Roma concedió suma importancia al acopio de información. La conquista de la Galia por Julio César se debió tanto al superior poder de ataque de sus fuerzas como a un mejor uso de la información conseguida. Al igual que Alejandro, César no escatimaba esfuerzos para obtener informaciones sobre la economía y la población; analizaba fría y objetivamente los defectos étnicos de los galos, su jactancia, su volubilidad, su poca fiabilidad y escasa resistencia; y con la misma frialdad aprovechaba la ventaja de dicho conocimiento. Acumuló informaciones detalladas de las características y divisiones tribales de los galos, y las utilizó implacablemente para derrotarlos. Pero, además de esta información estratégica, contaba con un sistema altamente desarrollado de información táctica, basado en unidades de reconocimiento de corto y mediano alcance que avanzaban hasta treinta kilómetros a la vanguardia del grueso del ejército, explorando el terreno y detectando los emplazamientos enemigos. Un principio importante de tal

sistema era que los jefes de estas unidades tenían acceso inmediato y directo a su persona.

Julio César no inventó el sistema de inteligencia romano. Este fue el resultado de cientos de años de experiencia militar, como lo evidencia el hecho de que cuando tuvo lugar la guerra de las Galias (siglo I a. de C.) existían ya términos bien establecidos para los distintos tipos de unidades de reconocimiento: *procursores*, para explorar la zona inmediatamente por delante del ejército; *exploradores*, patrullas de más largo alcance; y *speculadores*, quienes realizaban sus misiones de espionaje adentrándose en lo profundo del territorio enemigo. El ejército romano empleaba también informantes locales o *indices*, prisioneros de guerra, desertores y civiles secuestrados.² Pero, si bien no inventó el sistema, César profesionalizó e institucionalizó algunos de sus rasgos más importantes, en especial el mencionado acceso directo de los exploradores a él. Cuando era necesario, él mismo verificaba sobre el terreno la información recibida; una operación peligrosa, pero en ocasiones determinante. A la larga, la crisis del imperio en el siglo iv requirió la presencia casi constante en el ejército de uno de los emperadores (en los últimos tiempos había dos, a veces más); lo que, en el caso de la batalla de Adrianópolis en el año 378, condujo a la muerte del emperador en el campo de batalla y a la subsiguiente desintegración del imperio, hasta el colapso. La mañana de esa catástrofe, el emperador Valente había estado en contacto directo con sus *exploradores*, y ellos habían informado correctamente sobre la fuerza y disposición del enemigo. Lo que ocurrió después confirmó, por lo tanto, la eterna verdad de que “la supervivencia militar y política no depende solo de la buena información”.³

Los sistemas, sin embargo, no suelen cambiar mucho si no cambian las circunstancias; y las circunstancias no cambiaron mucho durante los cinco siglos de auge del

Imperio romano (desde el siglo I a. de C. hasta el IV d. de C.). Durante este periodo el reconocimiento siempre se realizó mediante la escucha y observación directas, usando comunicaciones orales o despachos escritos, que se trasladaban, como máximo, a la velocidad de un caballo a galope tendido. Y lo que se hizo en Roma se continuó haciendo en el resto del mundo durante los siguientes mil quinientos años.

El colapso del gobierno imperial en Occidente en el siglo V trajo consigo la desaparición de los servicios de inteligencia organizados, así como de servicios colaterales como la publicación de guías y cartografías, que tenían la forma de mapas de caminos en vez de la representación bidimensional de las características del terreno a que estamos acostumbrados. A pesar de lo sensible de esta pérdida para los jefes militares, una consecuencia mucho peor fue el progresivo deterioro, hasta la desaparición, del sistema de calzadas. Las calzadas romanas se hicieron principalmente para posibilitar el desplazamiento rápido de sus ejércitos bajo cualquier circunstancia climatológica, y su mantenimiento estaba a cargo de las legiones, cuya capacidad técnica iba a la par de su poderío militar. La disolución del ejército romano trajo consigo el cese de las obras de ingeniería en elementos tan importantes del sistema de transporte como puentes y vados. Por supuesto, esta red de calzadas no existía en la fase de conquista del imperio; César, por ejemplo, se abrió paso en la Galia interrogando a mercaderes y vecinos o ganándose a los guías. No obstante, fueron las calzadas las que permitieron a Roma defender su imperio durante cinco siglos, y el deterioro de sus sólidas superficies hizo imposible la conducción de campañas rápidas a grandes distancias.

Lo anterior no supuso un problema para los jefes bárbaros que sucedieron a los romanos, pues cada uno solo aspiraba a mantener su poder en la región que ocupaba. Pero cuando

en los siglos VIII y IX los emperadores carolingios decidieron restablecer los vastos dominios imperiales de antaño, la desaparición de las calzadas romanas fue un serio obstáculo para sus propósitos; sobre todo al intentar penetrar en los territorios germánicos que se extendían más allá de las viejas fronteras romanas. En aquellas zonas agrestes no era fácil encontrar caminos ni información.

La experiencia de La Orden de los Caballeros Teutónicos en su afán por conquistar y cristianizar la costa del Báltico en el siglo XIV puede dar una idea de las dificultades a que se enfrentaban las campañas medievales. La Orden de los Caballeros Teutónicos, rama de los cruzados dedicada a la conversión de prusianos y lituanos, estaba bien financiada y poseía un alto nivel de organización. Operaba desde una serie de castillos fortificados en la costa del Báltico, donde estaban a salvo de ataques y podían organizar expediciones hacia el interior. Una de sus principales zonas de campaña era una franja de tierra deshabitada de ciento sesenta kilómetros de ancho entre Prusia oriental y el interior de la propia Lituania, un laberinto de pantanos, lagos, riachuelos, matorrales y bosques que resultaba prácticamente imposible de cruzar. Los caballeros reclutaban guías locales para que les abriesen senderos y les proporcionasen informes, los cuales eran recogidos en una guía militar, *Die Lithauischen Wegeberichte* [La guía de la ruta lituana], compilada entre 1384 y 1402. Ahí se explica, por ejemplo, que los caballeros, para llegar a Vandžiogala desde Samogitia, ambas cerca de lo que hoy es Kaunas, en Lituania, y separadas unos cincuenta y seis kilómetros por carretera, tenían primero que seguir un sendero que atravesaba un matorral, después se abrían paso a través de un gran bosque, seguido de un brezal, después otro brezal, luego un segundo bosque “del largo de un tiro de ballesta, donde también hay que abrirse camino”, y un tercer brezal seguido de un tercer bosque, a partir del cual encontraban

la verdadera *Wiltnisse* (zona despoblada, salvaje). La *Wegeberichte* contiene la carta de un explorador prusiano describiendo esa zona, donde dice: “Tomad conocimiento de que, por la gracia de Dios, Gedutte y su compañía han regresado sanos y salvos y han podido cumplir todo lo encomendado y han marcado el camino hasta un poco más de siete kilómetros de este lado del Niemen, por una ruta que atraviesa el Niemen y se dirige directamente hacia esas tierras”. El tono del informe recuerda al de la brigada fronteriza egipcia desde Nubia tres mil años antes; el terreno descrito es el mismo que fue atravesado por el Grupo Norte del ejército alemán en su avance hacia Leningrado en 1941, a través de obstáculos que hubieran resultado familiares a los caballeros teutónicos.⁴

Curiosamente, los cruzados de Tierra Santa no tuvieron tantas dificultades para llegar a Jerusalén en el siglo XI. En 1394, en respuesta a la pregunta del duque Felipe de Borgoña sobre si habría una cruzada báltica al año siguiente, el gran maestro de los caballeros teutónicos respondió: “Es imposible prever las contingencias futuras, especialmente porque nuestras expediciones se ven obligadas a cruzar grandes extensiones acuáticas y vastas soledades, exponiéndose a muchos peligros [...] por lo que a menudo están a merced de la voluntad de Dios y del clima”. Los cruzados de Tierra Santa, por el contrario, viajaban cómodamente, por el mar o por las calzadas romanas que aún existían en Italia o en los dominios del Imperio romano bizantino en el sur de Europa, donde la administración imperial mantenía las comunicaciones en buen estado y enviaba los suministros requeridos. Una vez en Constantinopla, los cruzados recibían guías y escolta, y continuaban su trayecto por las calzadas militares romanas hasta los montes Tauro. Sin embargo, al entrar en lo que es hoy Turquía oriental, ya invadida por los selyúcidas del Asia central, encontraban a su paso caminos sin reparar y otros

inconvenientes como cisternas destruidas, pozos secos, puentes caídos y poblados abandonados. Fue una muestra de cómo un pueblo de jinetes nómadas arruinó mediante la rapiña y el abandono lo que fuera un territorio civilizado. Las últimas etapas de la marcha hacia Jerusalén resultaron, en consecuencia, mucho más duras que la salida de Europa.⁵

En sus campañas dentro de la propia Europa occidental durante toda la Edad Media, los jefes militares se enfrentaron con circunstancias realmente adversas para llevar a cabo operaciones efectivas. El problema principal era una falta crónica de liquidez, en una sociedad virtualmente desprovista de dinero, lo cual dificultaba el reclutamiento y a menudo imposibilitaba el suministro regular de provisiones y equipos. Los desplazamientos resultaban agotadores, dada la ausencia de un sistema de caminos a prueba de las inclemencias del tiempo, y la falta de información también obstaculizaba los esfuerzos de los gobernantes por situar las fuerzas que lograban reunir en los lugares adecuados. Este problema se agudizó particularmente durante la crisis de las invasiones vikingas en el siglo IX. Los vikingos, que habían logrado multiplicar su capacidad de movimiento gracias a sus veloces *drakares*, aparecían sin previo aviso, arrollando las defensas locales con sus fulminantes ataques; y durante la segunda etapa de su campaña de terror contra las tierras cristianas, llevaron la violencia y el saqueo hasta tierra adentro, una vez hubieron aprendido a capturar caballos en grandes cantidades en sus puntos de desembarco. El antídoto contra las incursiones vikingas habría sido la creación de una fuerza naval, pero esto excedía las posibilidades de los reyes medievales. Otro recurso habría sido mantener un sistema de inteligencia dentro de Escandinavia que avisara de los ataques con antelación; pero este nivel de sofisticación estaba todavía más lejos, si cabe, del alcance de los reinados del siglo ix, al margen de que los territorios

vikingos no eran un lugar apropiado para extranjeros curiosos, ni aun con dinero para comprar información. Después de todo, el saqueo era mucho más lucrativo que la venta de información, y los vikingos disfrutaban degollando.⁶

Ya en el siglo xiv, las condiciones para librar guerras en la Europa posromana habían mejorado considerablemente para beneficio de los gobernantes. La necesidad perentoria de poner fin a los saqueos de agresores nómadas (vikingos por el oeste, sarracenos por el sur, pueblos de las estepas por el este) había estimulado la construcción de defensas fijas, incluyendo barreras continuas y cadenas de castillos, lo que trajo consigo la consolidación de las fronteras, la pacificación de zonas limítrofes y la reanudación del comercio, con los consecuentes beneficios para la prosperidad general. Los reyes tenían dinero con que pagar a los soldados; también conseguían dinero para comprar información y pagar a los agentes, quienes se desplazaban con relativa facilidad haciéndose pasar por mercaderes ambulantes, o aprovechando (al menos eso sospechaban los monarcas) el manto protector de las órdenes religiosas. Un síntoma de lo común que se volvió el espionaje durante la guerra de los Cien Años entre Francia e Inglaterra era el denuedo con que los heraldos, árbitros imparciales de la corrección en el campo de batalla, trataban de defender su reputación de neutralidad; y lo mismo hacían los embajadores, aunque con menos éxito.

A mediados del siglo xiv ya existían en el norte de Francia y en los Países Bajos extensas redes de agentes ingleses, generalmente extranjeros que trabajaban por dinero; a la vez que homólogos franceses en Inglaterra solían ser identificados por la monarquía como monjes expatriados o frailes ambulantes, algo difícil de determinar hoy en día. Igualmente difícil de determinar es el valor de la información que obtenían. A diferencia de etapas

posteriores en que mejoraron las comunicaciones, en la Edad Media era complicado transmitir un mensaje con rapidez. Los caminos estaban en mal estado, el alquiler de caballos no ofrecía garantías, y el mar era un obstáculo, particularmente para el envío de mensajes desde Francia hacia Inglaterra. Los reyes ingleses trataron de mejorar esta situación estableciendo tarifas de circulación fijas en Wissant, el puerto del norte de Francia más cercano a Dover, y financiando un servicio permanente de correo a caballo para el envío de mensajes oficiales del lado inglés del canal de la Mancha. Existe evidencia de que esto último fue una buena inversión: el domingo 15 de marzo de 1360, el Consejo Real reunido en Reading deliberó sobre el ataque francés a Winchester, ocurrido ese mismo día, a una distancia de ochenta kilómetros. No hay indicios de que un informe de inteligencia previo le hubiera avisado.⁷

La información en tiempo real, excepto en el caso de distancias muy cortas, era intrínsecamente difícil de obtener en el mundo medieval. Simplemente no había posibilidad de enviarla con suficiente rapidez como para adelantarse al movimiento de las fuerzas enemigas; situación que no cambiaría en los siglos siguientes. En ocasiones resultaba imposible comunicar una información decisiva incluso dentro de los confines relativamente cerrados de un campo de batalla. Por ejemplo, el 16 de noviembre de 1632, en Lützen, durante uno de los enfrentamientos más importantes de la guerra de los Treinta Años, tanto el ejército imperial austriaco como el ejército sueco hicieron un repliegue táctico al final del día. Gustavo Adolfo, el rey sueco, había muerto, y si Wallenstein, el jefe de las tropas imperiales, hubiese reanudado el ataque, los suecos probablemente habrían sido derrotados. Pero, ninguno de los dos bandos estaba al tanto de los movimientos del otro. Al día siguiente, los suecos regresaron, capturaron la artillería imperial, que había sido abandonada por falta de

caballos con qué retirarla, y así se tornó en derrota lo que hubiera sido una victoria del imperio.⁸

Los ejércitos europeos del siglo XVIII estaban mucho más profesionalizados que los de la guerra de los Treinta Años. Aun así, les seguía siendo difícil obtener información en tiempo real. La campaña de Hohenfriedberg por Federico el Grande en 1745 fue una excepción. El ejército imperial austriaco se había movilizó contra él para recuperar la región de Silesia, capturada ilegalmente por el rey prusiano en 1740. Federico estaba más o menos al tanto de sus movimientos, pero necesitaba situarse en una posición favorable para resistir su ataque, tentándolos a descender de las montañas circundantes hasta las llanuras de Silesia. Lo primero que hizo fue utilizar un agente doble, un funcionario italiano de la jefatura imperial, para difundir el rumor de que los prusianos se estaban retirando. Luego escondió a su ejército entre los accidentes del terreno para aguardar la llegada de los austriacos. Estos no hicieron el menor esfuerzo por ocultar sus movimientos, así que pudo emplear las consabidas reglas de observación (*indices*) que permiten obtener información aproximada en tiempo real una vez avistado el enemigo. El polvo era un indicador importante: “Una nube de polvo difusa solía indicar que el enemigo merodeaba por la zona. El mismo tipo de nube, sin merodeadores a la vista, indicaba que los proveedores y la impedimenta estaban siendo enviados a la retaguardia y que el enemigo estaba a punto de moverse. Columnas de humo densas y aisladas indicaban que el enemigo ya estaba en marcha”. Había también otras señales. En un día despejado, los destellos del sol reflejados en espadas y bayonetas a una distancia de hasta un kilómetro y medio podían tener distintas interpretaciones. El mariscal De Saxe, el gran contemporáneo francés de Federico, escribió que “si los rayos son perpendiculares, quiere decir que el enemigo

se dirige hacia uno; si son discontinuos y poco frecuentes, es que se está retirando”.⁹

Federico, el 3 de junio, se situó en un punto de observación desde donde dominaba la planicie frente a Hohenfriedberg. Alrededor de las cuatro de la tarde vio una nube de polvo, a través de la cual logró discernir ocho enormes columnas austriacas que avanzaban hacia las posiciones prusianas, a plena luz del sol. Al caer la noche, Federico ordenó una marcha nocturna. La batalla de Hohenfriedberg comenzó a la mañana siguiente.

A pesar de la información de que disponía, a Federico no le fue fácil alcanzar la victoria. No solo estaba en desventaja numérica, sino que el enemigo y sus aliados habían maniobrado durante la noche para rodearlo. Al final, como suele ocurrir en la guerra, lo que salvó la situación fue la superior capacidad combativa de sus tropas, pues la ventaja inicial de que disfrutaba gracias a la información pronto se esfumó. A la postre, lo que determinó el curso de la batalla fue la rapidez con que tomó decisiones correctas al calor del combate y la fiereza con que reaccionaron sus soldados.¹⁰

Lo mismo sucedería una y otra vez en batallas futuras. En sus guerras fuera de Europa, particularmente en Norteamérica, donde los pieles rojas conocían el terreno palmo a palmo y dominaban el arte de observar sin ser observados y atacar por sorpresa, los ejércitos europeos sufrirían derrotas aplastantes en la profundidad de los bosques. El desastre sufrido por el general Braddock en el río Monongahela, cerca de lo que hoy es Pittsburgh, donde las fuerzas británicas fueron aniquiladas en cuestión de horas en 1755, se debió a que cayó en una emboscada preparada por los franceses según las instrucciones de sus aliados, los indios norteamericanos, en una zona boscosa desconocida e inexplorada. En lo que ambos lados llegaron a denominar el “arte militar norteamericano”, la información era un artículo de alta demanda que por lo regular

determinaba la victoria o la derrota; algo que no sucedió en los familiares campos de batalla europeos durante las grandes guerras de la Revolución Francesa y el Imperio napoleónico (1792-1815), donde la inteligencia militar por sí sola rara vez decidía un combate. Esto fue cierto también durante la guerra de la Independencia española entre los británicos y los franceses en España y Portugal, 1808-1814. La información, por buena que fuera, se movía con demasiada lentitud para proporcionar una ventaja en tiempo real. De hecho, en la península Wellington dependió exactamente de los mismos medios de inteligencia militar que Escipión en su campaña contra Cartago Nova (Cartagena) en España, en el siglo iii a. de C. Wellington, César y Escipión recopilaban información exactamente de la misma forma. Su primera preocupación era conocer las particularidades del terreno y del enemigo (Wellington, por ejemplo, era un ávido coleccionista de mapas y anuarios). La obtención de información táctica (quién estaba dónde, cuándo, cuáles eran sus planes y de qué eran capaces) se dejaba para el último mes, semana, o día.¹¹

La población estaba del lado de Wellington tanto en Portugal como en España. Francia, la invasora, era vista con un rencor que se transformó en odio tras los excesos de 1808. Wellington no tenía que salir en busca de información: le llegaba a borbotones, y su único problema era separar la paja del grano. Un ejemplo mucho más ilustrativo de cómo se obtenía información antes de la invención de la electricidad es la forma en que Wellington había organizado esta actividad durante sus campañas de conquista en la India. Wellington estuvo directamente al mando del ejército en la India desde 1799 hasta 1804. Gran Bretaña, a través de la Compañía de las Indias Orientales, controlaba grandes enclaves en Bengala, Bombay y Madrás, pero había enormes zonas del subcontinente que se encontraban aún bajo el control de caudillos locales o bandas de

saqueadores. Los franceses, a través de la diplomacia, el soborno y la intervención directa, trataban de lograr que la mayoría de los elementos antibritánicos se pasara a su lado. Wellington, operando con pequeños ejércitos de tropas mixtas de ingleses e indios, tenía como objetivo principal aplastar a independentistas como el sultán Tipu y Hyder Ali, vasallos del decadente emperador mogol, quienes a todos los efectos dirigían sus propios ejércitos y estados.

Para poder lograr la victoria, Wellington necesitaba tener un flujo constante de información actualizada desde cada rincón del país, y así poder anticipar los movimientos de sus enemigos, conociendo con antelación el establecimiento de nuevas alianzas, si alguien estaba acumulando víveres o reclutando soldados, o cualquier otra señal que indicara la preparación de una ofensiva. La forma convencional de obtener dicha información hubiera sido formar un cuerpo de reconocimiento constituido por tropas propias o reclutado entre la población. En vez de eso, los británicos recurrieron a otro método: tomaron el control de un sistema de inteligencia preexistente y lo hicieron suyo.

El sistema *harkara* parece haber existido exclusivamente en la India. Debido al gran tamaño del subcontinente, lo accidentado de su geografía y la carencia de caminos largos (hasta que bajo el dominio británico se construyeron las redes ferroviarias y las principales carreteras), el poder solía tener un carácter regional, incluso bajo el mando centralizado de los conquistadores mogoles del siglo XVI. Los mogoles en Delhi gobernaban delegando en poderosos funcionarios provinciales o mediante acuerdos con príncipes regionales, especialmente en el oeste y el sur de la India. Este sistema solo podía funcionar si la corte central recibía regularmente informes de lo que ocurría en las subordinadas. Existían dos grupos que proporcionaban esta información: escritores, a menudo eruditos con una alta posición en el sistema indio de castas; y corredores, que

llevaban mensajes e informes, en forma oral o escrita, a grandes distancias y a toda velocidad.

Con el tiempo, el sistema aportó un producto genuinamente indio: el boletín informativo, generalmente escrito en persa (el idioma de la corte mogol), en un formato altamente estilizado, y emitido con regularidad, por lo general cada semana. En un principio, los boletines fueron documentos oficiales, pero con el tiempo, a medida que los escritores, y hasta los corredores, adquirían más independencia, se convirtieron en una especie de periódico privado. Y al final, no tan privado. La decisión de a quién se distribuía el boletín informativo correspondía al *harkara*, cuyas funciones tampoco estaban bien definidas: era en parte un recopilador, y en parte un diseminador de la información. Los *harkaras* adquirieron derechos algo inusuales; el derecho a cobrar, por supuesto, pero también el derecho a ser aceptados en la corte local como una especie de corresponsales que trabajaban para un poder distante.

Los *harkaras* sobrevivieron porque, además de ser indispensables para ambos polos del sistema, lograron adquirir un estatus independiente. Aunque era una independencia precaria: podían ser castigados con azotes, y hasta con la muerte, por suministrar información dudosa o engañosa; pero el castigo era siempre individual, y no afectaba al sistema en sí. Para cuando los británicos comenzaron a reemplazar progresivamente a los mogoles a fines del siglo XVIII, este sistema había calado profundamente en la cultura política y militar de la India, hasta el punto de que el gobierno no podía prescindir de él. Los británicos, decididos a restablecer el poder mogol sobre una base eficiente, es decir, tomando ellos el control y dejando a los mogoles solo de manera nominal en el poder, sencillamente se adueñaron del sistema. Ellos “reconstruyeron, bajo su propio control, el sistema clásico

de inteligencia indio que combinaba el conocimiento y las habilidades de eruditos brahmanes con la fuerte constitución física y las habilidades para correr que tenían los miembros de tribus y castas inferiores”.¹²

Wellington no hubiera podido ponerse al frente de los generales cipayos sin los *harkaras*, a los que cortejaba y a la vez tiranizaba. Sus sucesores hicieron lo mismo. No fue hasta la llegada del telégrafo y el surgimiento de la prensa escrita a mediados del siglo XIX que el sistema *harkara* entró en decadencia; y aun así, el entrenamiento de los corredores que llevaban mensajes a larga distancia continuó hasta la década de 1920, sustentado por el apetito indio por las noticias, sin la interferencia oficial característica de la vida en el subcontinente. Se dice que la razón por la cual la India es la mayor y única democracia verdadera del Tercer Mundo es la insaciable sed de noticias de sus ciudadanos.

LA INFORMACIÓN EN TIEMPO REAL: ¿QUÉ, CÓMO, DÓNDE, CUÁNDO?

Quién sabe qué, con tiempo suficiente para hacer un uso efectivo de la información (esta sería la mejor definición de lo que hoy se conoce como inteligencia “en tiempo real”, el patrón oro de la práctica informativa moderna) no solía ser un factor militar ni en el mundo clásico ni en el de Wellington. Alejandro, César y Wellington operaron constreñidos, según los parámetros actuales, por una gran lentitud en la transmisión de información, cuando la distancia a recorrer superaba la que podía ser cubierta por un corredor o un caballo. A los mejores *harkaras* se les atribuía una velocidad de ciento sesenta kilómetros en veinticuatro horas, aunque ochenta kilómetros sería una cifra más realista. El maratón moderno, en el que los corredores hacen cuarenta y dos kilómetros en unas tres horas, nos da una mejor noción de las posibilidades de la

información en tiempo real antes de que existiera la electricidad. Los ejércitos y las flotas de esa era operaban con un horizonte de inteligencia militar muy por debajo de los ciento sesenta kilómetros; de ahí la enorme importancia atribuida por los mandos militares de antaño a la información estratégica: el carácter del enemigo, el tamaño y capacidad de sus fuerzas, su disposición, las características del terreno en su área de operaciones, y, de modo más general, los recursos humanos y naturales con que contaba su organización militar. Los generales del mundo premoderno elaboraban sus planes a partir de conjeturas basadas en estos factores. La información en tiempo real (dónde estaba el enemigo ayer, a dónde se dirigían sus columnas, por dónde podría aparecer hoy) era algo que rara vez se podía obtener en el campo de batalla. En fecha tan reciente como 1914, diez divisiones de la caballería francesa que habían estado peinando la frontera franco-germano-belga durante casi dos semanas fueron totalmente incapaces de detectar el avance de varios millones de efectivos alemanes; y las tropas de reconocimiento de Francia fallaron una vez más en la misma zona en 1940. Ahora bien, aunque la información estratégica siempre es bienvenida, pocas veces proporciona una ventaja concreta. Para esto se requiere algo más. ¿Qué, exactamente? ¿Cómo es posible garantizar que las preguntas claves, qué, cómo, dónde y cuándo, sean respondidas en nuestro beneficio, y no en el del enemigo? De eso trata este libro.

La obtención de información en tiempo real requiere, ante todo, que el jefe tenga a su alcance medios de comunicación cuya velocidad sea considerablemente superior a la velocidad de desplazamiento del enemigo por tierra o por mar. Hasta la llegada del siglo XIX este margen de superioridad era demasiado pequeño. La velocidad del caballo del explorador era quizá seis veces mayor que la de

un ejército en marcha, estimada en unos cinco kilómetros por hora; pero esta ventaja se reducía obligatoriamente a la mitad porque el explorador debía hacer un viaje de ida y vuelta. Además, el enemigo podía continuar su avance durante el tiempo invertido por el explorador en efectuar el reconocimiento y regresar, lo que reducía aún más este margen. Por este motivo, el factor sorpresa era tan difícil de lograr en las campañas de la Antigüedad; cuando se lograba, como hicieron los turcos selyúcidas de manera espectacular en Manzikert en 1071, se debía por lo general a una traición, a la ausencia total de reconocimiento por parte del enemigo, o a ambas cosas. En Manzikert los jinetes exploradores del ejército bizantino desertaron, dejando a su comandante, en la práctica, sin ojos ni oídos.

Manzikert fue una batalla de “encuentro”, con ambos ejércitos avanzando el uno hacia el otro. Lo más común, sin embargo, era que un ejército a la ofensiva encontrara a su paso destacamentos de avanzada de un enemigo a la defensiva. La avanzada daba automáticamente la voz de alarma y, al no tener que ir y venir, como en las operaciones convencionales de reconocimiento, sino solo regresar, se lograba transmitir el aviso a tiempo. Wellington, por ejemplo, fue sorprendido estratégicamente durante la campaña de Waterloo, pero no tácticamente. Los franceses atacaron su avanzada, lo que le llevó a librar una batalla dilatoria en Quatre-Bras el 16 de junio, para replegarse, dos días después, hasta una posición principal previamente explorada: Waterloo.

Hasta hace relativamente poco, la sorpresa era tan difícil de lograr en el mar como en tierra. De hecho, el principal problema de la guerra naval era el de poder dar con el enemigo; lo cual explica por qué la mayoría de las batallas navales tenían lugar en estrechos o en corredores marítimos donde a menudo ya se habían librado otras batallas. En teoría, con la invención del código internacional de señales

a inicios del siglo XIX, un almirante, colocando sus naves al límite máximo de visibilidad mutua (a intervalos de veinte kilómetros), podía, si la cadena era lo bastante larga, crear un sistema de aviso previo extendido a lo largo de cientos de kilómetros a través del océano. Pero en la práctica los almirantes nunca tenían suficientes barcos como para hacer tal cosa, y en todo caso preferían tenerlos concentrados, pues era preferible ser sorprendido a tener que enfrentarse a una batalla con las naves dispersas. Un almirante sorprendido podía organizar rápidamente sus unidades en formación de combate siempre que estuviesen cerca, y no con las naves desperdigadas en misiones de reconocimiento, fuera del alcance de sus avisos de ataque inminente. No fue hasta la invención de la telegrafía inalámbrica a inicios del siglo XX y su adopción por las flotas de guerra, que los almirantes realmente pudieron dominar el mar abierto; y aun así, fue difícil alterar los viejos hábitos. Los marinos se fían preferentemente de sus ojos.

La vista es, por supuesto, el principal y más expedito medio para obtener información en tiempo real. Así era antes de la telegrafía, y así sigue siendo en la era de la pantalla electrónica. En la etapa intermedia, desde la invención del telégrafo eléctrico a mediados del siglo XIX y su sustitución por la radiodifusión a comienzos del XX, el oído cobró una mayor relevancia. Y aún hoy están casi a la par. La radio, en todas sus formas, es un instrumento fundamental de la comunicación militar. Estratégicamente ha perdido importancia en comparación con el mensaje escrito enviado electrónicamente, sea por *fax* o por correo electrónico, pero sigue predominando tácticamente por su inmediatez y urgencia. En el calor del combate, la voz del comandante comunicándose directamente con las tropas, y viceversa, puede ganar una batalla; una realidad que no ha cambiado desde que César asumió personalmente, en primera línea, el mando de la décima legión contra la tribu